

Viejos y nuevos monstruos

Julio Glockner

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades
Universidad Autónoma de Puebla

Monstrum: monstruo, portento, prodigo, cosa extraordinaria, fuera del orden regular; Hombre pernicioso, abominable.

Diccionario Latino-Español, Raimundo de Miguel, Madrid, 1903.

Platino dice que tenemos acceso a la belleza principalmente a través del sentido de la vista, aunque también el oido es sensible a ella mediante la música, el canto y la armonía de las palabras. Estos dos sentidos abren también sus puertas a la experiencia de lo monstruoso.

Si la esencia de lo monstruoso reside en un rompimiento de las proporciones y las simetrías, ha sido el ojo nuestro mejor testigo en lo que a falta de armonía se refiere. Pero el ojo no ha estado solo en esta labor, el oido ha sido siempre su cómplice idóneo, pues con el oido se ha configurado a lo largo del tiempo la imagen de lo que nunca se ha visto y probablemente jamás se verá. Al escuchar la descripción de un monstruo no sólo se abre la posibilidad de dar por cierta su existencia, sino que en ocasiones la palabra ha llegado a convencer a tal grado que transforma lo que se tiene ante los ojos en lo que se ha escuchado que existe, como le sucedió a tantos viajeros que por mar y tierra se han movido a lo largo de la historia. La insistencia de Colón de que los manaties eran en realidad sirenas es un claro ejemplo. Todo parece indicar que tratándose de monstruos, al principio que establece el acto de ver para poder creer, debe añadirse el de creer para poder ver.

Cada cultura tiene sus propios monstruos, aunque los criterios para establecer lo que es o no monstruoso varían según las sociedades y las épocas: la Coatlícuac horrorizó a los españoles tanto como ellos mismos montados a caballo horrorizaron a los indios. El

contacto entre diversas culturas ha provocado también un fructífero contagio de monstruos, algunos de los cuales han sobrevivido hasta nuestros días, tal es el caso de los ángeles cristianos cuyos antecedentes se remontan a los hombres-pájaro de Mesopotamia, pasando por el ave-alma egipcia y por las sirenas aladas del mundo griego. Los ángeles son tan monstruosos como cualquier otro ser formado por la combinación de dos o más naturalezas sin que ello implique necesariamente la fealdad; al contrario, en los ángeles lo monstruoso reside precisamente en la extraordinaria calidad de su belleza. Si los ángeles están presentes en el mundo de hoy se debe a su permanente aleteo en los ámbitos de la fe. Su presencia divina escoltará virgenes y santos por un tiempo imprevisible. Otros monstruos, en cambio, han perdido toda credibilidad y sólo sobreviven como deleite estético o como ilustración de creencias desaparecidas; algunos más se han vuelto tan extraños que sólo existen agazapados en alguna página olvidada en calidad de dato crudo.

No me parece impertinente distinguir dos tipos de monstruos: los naturales y los imaginarios, tan reales los unos como los otros. Los primeros podríamos subdividirlos en monstruos físicos y morales; unos siameses y Charles Manson serían ejemplares de estas clases. Los monstruos imaginarios, en cambio, aparecen en los sueños y las visiones, permanecen durante siglos en las creencias y se transforman adaptándose y recreándose en relatos de todo tipo. A la memoria



colectiva y a la tensión emocional que se crea entre quien relata y quien escucha deben su existencia los monstruos imaginarios. Desde el siglo XVI, con la difusión de la letra impresa, se añadió a la dualidad voz-óido el silencio visual de la palabra escrita en la proliferación de los monstruos. La voz y la página han sido desde entonces su verdadera casa.

Entre los animales naturales y los monstruos imaginarios se han establecido siempre corrientes de información de ida y vuelta. Un animal como la iguana, desconocido por los europeos del siglo XVI, es comparado con un dragón cuando se lo ve por primera vez, como lo sucedió a Américo Vespucio:

saltamos a tierra y nos fuimos por un camino que conducía al bosque, y a un tiro de ballesta encontramos sus cabañas, en donde habían hecho grandes hogueras, y dos de ellos estaban cocinando sus alimentos, tostando muchos animales y varias clases de peces; vimos que tostaban un animal que parecía un dragón, salvo que no tenía alas, y de una apariencia tan fea, que nos espantó mucho con su fuerza. Caminando a lo largo de sus casas o cabañas encontramos muchas de estas serpientes vivas, que estaban amarradas de los pies y tenían una cuerda alrededor del hocico, de tal manera que no lo podían abrir, como se hace con los perros mastines para que no muerdan.

La reacción de Colón ante un animal desconocido fue mucho más sorprendente, tenía ante sus ojos tres manatíes y no pudo dejar de afirmar que eran sirenas: "tres sirc-

nas salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan ya que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara", dice un tanto desilusionado. Otro caso es el de Edward Topsell, un naturalista inglés que a principios del siglo XVII escribió dos obras: una *Historia de las serpientes* y una *Historia de las bestias con cuatro patas*. En sus libros Topsell insistía en la necesidad de que los clérigos se interesaran por el estudio de los animales con la finalidad de que pudieran identificar correctamente a las bestias mencionadas en la Biblia. Al hacer su taxonomía Topsell incluía algunos monstruos, como la mantícora, que con su cabeza humana y su triple hilera de dientes figuraba en la sección de las hienas. En su obra aparece también una ilustración con "la verdadera imagen de la lamia", a la que describe como dotada de un bello rostro de mujer y "formas muy grandes y hermosas en sus pechos", advirtiendo al lector que estas bestias representan un grave peligro para los viajeros, pues "cuando ven a un hombre, le muestran sus senos y, seduciéndolo con la hermosura de éstos, lo invitan a que se acerque a conversar, y así, cuando lo tienen a su alcance, lo matan y lo devoran". Edward Topsell estaba previniendo de esta manera a sus lectores contra el posible encuentro con un animal de la mitología griega cuya leyenda tuvo su origen en Libia. Las referencias a este monstruo son muy variadas. Según una tradición, Lamia era la hermosa hija de un rey. Su belleza era tal que cautivó a Zeus, provocando los celos de Juno, que tanto padeció las infidelidades de su marido. Juno sólo encontraba cierto consuelo castigando a quienes ella suponía seductoras de Zeus. Esto fue lo que hizo con Lamia y como venganza la condenó a enloquecer. La terrible locura que padeció Lamia llegó al grado de que devoró a sus propios hijos y se retiró a vivir en lugares abruptos en medio de una gran desesperación. Desde entonces ha sentido envidia de la dicha de otras madres y las acecha en los caminos para arrebatarles a sus hijos y devorarlos. El mito refiere también que Zeus le había concedido el don de deshacerse de sus ojos y recobrarlos a voluntad. Lamia podía beber hasta llegar a la más

completa embriaguez y en este estado se volvía inofensiva, pero después se desplazaba en la sombra, sedienta de sangre, al acecho de las criaturas. Las madres de entonces asustaban a sus hijos con sólo mencionar su nombre. Uno de estos niños fue Edward Topsell, quien actualizó la leyenda en la primera década del siglo XVII al describir a "la verdadera" Lamia, que para entonces se había convertido ya en una figura cuadrúpeda, con pescuezas en las patas traseras y garras semejantes a las de los felinos en las patas delanteras, siendo que antes se la describía como un monstruo con rostro y senos de mujer pero con cuerpo de serpiente. Se dijo que era gorda y de miembros gruesos, otros hablaban de pies de hierro, Aristóteles comentó que ollía como una foca y que sus partes bajas estaban extrañamente adornadas con testículos; no faltaron autores respetuosos de la proliferación de versiones tan distintas que afirmaron que las lamias, en realidad, podían cambiar de forma según su capricho. Topsell por su parte invocaba la autoridad divina de las Sagradas Escrituras para aceptar la existencia de éstos y otros animales fantásticos, como el unicornio, que por cierto, según lo consignó fray Diego Durán, alguna vez habitó en las laderas del Pico de Orizaba.

Durante la Edad Media y el Renacimiento la fauna fantástica existió confundida con la fauna natural, los límites entre una y otra eran muy difusos, sobre todo cuando ante el gesto atónito del europeo se exhibían en sus propias ciudades animales extraños provenientes de tierras desconocidas. Entonces se debió hacer un razonamiento del tipo: "si este extraño animal que tengo ante mis ojos existe, por qué dudar de la existencia de tantos otros animales extraños de los que he oído hablar". Esta lógica está en la misma línea reflexiva que la deducción de Antonio de León Pinelo, au-

tor de *El Paraíso en el Nuevo Mundo*, quien sacaba la siguiente conclusión después de enterarse de la existencia de tritones: "si hay tritones, no faltarán sirenas". El asunto es que mientras existieran tierras ignotas siempre cabría la posibilidad de enterarse de la existencia de algún monstruo o de topárselo cara a cara con él. En ocasiones la fauna natural fue tan impactante para la mentalidad europea que los autores tenían la necesidad de aclarar que la descripción que hacían de un extraño ejemplar era verdadera. Esto sucedió con Topsell cuando vio por primera vez un rinoceronte, animal que se había expuesto ya en Lisboa a principios del siglo XVI:

No estaría dispuesto -dijo- a escribir ninguna cosa falsa o incierta, fruto de mi propia imaginación; y la verdad es algo tan preciado para mí, que no mentiré para despertar en algún hombre amor y admiración por Dios y sus obras, pues Dios no necesita las mentiras de los hombres.

Lo monstruoso es una otredad que ha roto con las formas naturales, con sus tamaños y disposiciones, lo monstruoso puede aparecer en la deformación de un órgano, como aquellos hombres cuyas orejas eran tan largas que rozaban el suelo, o aquellos otros cuyos pies eran tan grandes que la





imaginación europea los representó sentados y con una pierna levantada para descansar bajo su sombra; puede surgir también en la alteración del número de órganos, como le sucedió a Escila, a quien la maga Circe en un vengativo ataque de celos transformó en un monstruo al verter cierta sustancia ponzona en las aguas transparentes de la fuente donde se bañaba. Al sumergirse la bella Escila tuvo un indescriptible espanto de si misma, pues sintió que de sus hombros brotaban otros cuellos y surgían otras cabezas al lado de la suya agitándose en todas direcciones y lanzando espantosos sonidos. Su horror fue aún mayor cuando advirtió que sus manos se convertían en doce espantosas garras y que de su cintura brotaban cabezas de perros agresivos. Otros casos de monstruosidad son aquéllos en que los órganos faltan, como el ojo en el ciclope o la cabeza en los llamados estetocéfalos, hombres cuya cara aparecía en el estómago y de los que tenemos noticia por hombres tan disimiles como San Agustín y Sir Walter Raleigh. Una variante más de lo monstruoso es la yuxtaposición de dos o más naturalezas en un solo cuerpo: es el caso de las sirenas cuyos hermosos cuerpos de mujer se empiezan a transformar con la aparición de escamas a la altura de la cintura hasta rematar sus sensuales formas en la cola de un pez. Pero este tipo de sirenas que hoy nos son familiares, antes de ser mitad pez fueron mitad ave. Plinio las colocó entre las aves fabulosas y Ovidio les otorgó hermosos rostros a estas

jóvenes dotadas de plumas y pies de pájaro. Homero pudo haber sido una buena fuente para abundar sobre su figura, pero sólo nos advirtió de los peligros de sus fascinantes voces sin describirnos sus cuerpos. Sin embargo, lo que no hizo el gran poeta de la Antigüedad lo hizo la moderna arqueología y hoy pueden verse los cuerpos de las mujeres-ave esculpidos en mármol en las salas del museo de arqueología de Atenas. Estas sirenas fueron ocho hijas nacidas de la unión de una deidad acuática, Aqueloo, con la musa Melpómene. La maravillosa dulzura de su voz las había hecho célebres entre las ninfas, pero cometieron la gravísima falta de no auxiliar a Perséfone cuando Hades emergió de la tierra para raptarla y llevársela con él. Deméter, la madre de Perséfone, las castigó provocando una horrenda metamorfosis en sus cuerpos: sus piernas se transformaron en patas de ave dotadas de potentes garras y en sus suaves y bien proporcionadas espaldas brotaron un par de brutales alas; luego, fueron condenadas a vivir trepadas en peñascos y rocas donde rompen las olas del mar. Conservaron sin embargo la melodiosa voz que tanto envanecimiento les producía, pero entonces cometieron la osadía de competir con las musas. Las sirenas, derrotadas, tuvieron que padecer el escarnio de verse despojadas de sus plumas como escarmiento a su excesiva vanidad. ¿Sería éste el motivo por el que desahogaban su resentimiento de un modo tan cruel como era el de atraer a los marineros con su canto y hacerlos morir en el fondo del mar? La voz de un oráculo había vaticinado que cuando un mortal sobreviviera a su canto serían ellas las que habrían de perecer en la profundidad de las aguas. Pero Ulises no las eliminó para siempre de la faz del mundo, pues de las nítidas aguas de la mitología surgieron para asombrar a Colón y aún abundan los pescadores y campesinos que aseguran que son sirenas las que habitan en el interior de los remolinos y de las trombas.

Un tipo singular de monstruo es aquél que consiste en seres que no se describen, cuya existencia sólo reside en su nombre, en el acto de mencionarlos, quedando sus formas sujetas a la libre invención de cada

cual. La infancia es el tiempo más fructífero para la aparición de este tipo de seres entre los que figura "el Coco que te comerá". Las zonas rurales están pobladas de un tipo de apariciones a quienes se teme sin precisar nunca de qué se trata: una sombra, un aullido, una silueta blanca, un viento delatan su presencia y se les teme sin que nadie sepa describirlos.

¿Hay monstruos auditivos? Me parece que sí. Es admirablemente terrible que la voz humana acompañada de ruidos eléctricos pueda evocar lo monstruoso. Un buen ejemplo es Yoko Ono cantando, acompañada de Lennon, Clapton, Klaus Voorman y Alan White en el concierto que dieron en Toronto. El nombre de la primera parte de la pieza ya provoca un ligero escalofrío, se llama *No te preocupes Kioko, mami solamente está buscando una mano en la nieve*. Pero lo realmente fuerte está en la segunda parte, que además no se puede dejar de sentir como un mal presagio. Esta pieza se llama *John John (Let's hope for peace)*. Los sonidos parecen provenir de ese ajetreo de brujas con que termina la *Sinfonía Fantástica* de Berlioz pero con muchísima más intensidad. Un lamento interminable se monta en un sonido eléctrico y vuela por el frío aire nocturno para mostrarnos desde ahí el grotesco y monstruoso paisaje humano. La voz de Yoko avanza como una araña gigantesca suspendida en una tela electrónica gritando la desgracia del mundo, chillando como un gato enloquecido al que le han arrancado los ojos mientras el ruido ensordecedor de una máquina nos indica que hemos adelantado una hora más en el tiempo del progreso.

Si no me equivoco, hasta ahora no se ha profundizado ni ampliado la investigación sobre monstruos mexicanos (mexicanos en el sentido moderno de la palabra, es decir, que incluiría la historia y la cultura

de todos los grupos étnicos del país). Existen referencias aisladas, pero no compendios generales ni estudios minuciosos; sería un trabajo largo y paciente que convendría comenzar. Una fuente obligada sería, por supuesto, fray Bernardino de Sahagún, quien cuenta que de noche algunos veían fantasmas sin pies ni cabeza rodando por el suelo y dando espantosos gemidos como de enfermo:

Había quienes tomaban estas apariciones como mal agüero, pero había quienes se sobreponían al miedo y las atrapaban y luchaban con ellas hasta el amanecer, hasta que obtenían de ellas la promesa de otorgar a su captor buena fortuna y prosperidad. Había otra manera de fantasmas que de noche aparecían, ordinariamente en los lugares donde iban a hacer sus necesidades de noche. Si allí les aparecía una mujer pequeña, enana, y que tenía los cabellos largos hasta la cintura, la llamaban *cuitlapanton*, o por otro nombre *centlapachton*, cuando esta tal fantasma aparecía luego tomaban agüero que habían de morir en breve, o que les había de acontecer algún infortunio; esta fantasma aparecía como una mujer pequeña, enana, y su andar era como un ánade anda. Cualquiera que veía esta fantasma cobraba gran temor, y el que la veía, si la quería asir no podía, porque luego desaparecía y tornaba aparecer en otra parte,



luego allí junto, y si otra vez probaba a tomarla escabulliese, y todas las veces que probaba se quedaba burlado y así dejaba de porfiar. Esto mismo sucedía con otras apariciones fantasmales que tenían aspecto de calaveras y que saltaban sorpresivamente sobre las pantorrillas de la gente que andaba caminando por la noche, o con otros más que se presentaban como difuntos amortajados, quejándose y gimiendo.

Todas estas apariciones -ilusiones, las llama Sahagún- las atribuían a Tezcatlipoca.

Sin embargo el fraile franciscano no considera ilusoria la existencia de otro tipo de monstruos asociados con la fauna del país. Se trata principalmente de serpientes cuya existencia consignó en el libro once de su *Historia General de las cosas de Nueva España*:

Hay una culebra en esta tierra que tiene dos cabezas: una en lugar de cabeza, otra en lugar de la cola, y llámase *maquizcóatl*; tiene dos cabezas y en cada una de ellas tiene ojos, boca y dientes y lengua; no tiene cola ninguna. No es grande, ni es larga, sino pequeña; tiene cuatro rayas negras por el lomo, y otras cuatro coloradas en un lado y otras cuatro amarillas en el otro. Anda hacia ambas partes, a las veces guía la una cabeza, y a las veces la otra; y esta culebra se llama culebra espantosa, raramente parece. A los chismes llámanlos por el nombre de esta culebra, que dicen que tienen dos lenguas y dos cabezas. Hay una serpiente en esta tierra que se llama *mazacóatl*; es muy grande y muy gruesa, de color pardo oscuro, tiene eslabones en la cola, tiene en la cabeza cuernos como ciervo y por eso la llaman *mazacóatl* [mázatl-ciervo; cóatl-serpiente]. Mora en las montañas muy ásperas, cuando llega a edad perfecta recógeselo a algún lugar o cueva, y desde allí sin salir fuera atrae con el anhélito conejos y aves, y ciervos, y personas, y cárneos; y de esto se mantiene, estándose quedando en su cueva.

De los distintos tipos de *mazacóatl* que menciona fray Bernardino el más interesante y provechoso es el siguiente:

Hay otra culebra que también se llama *mazacóatl*, es pequeña, tiene cuernos, es



prieta, no hace mal, ni tiene eslabones en la cola. De la carne de ésta usan los que quieren tener potencia para tener cuenta con muchas mujeres; los que la usan mucho o toman demasiado de cantidad, siempre tienen el miembro armado y siempre despiden simeiente, y mueren de ello.

Entre los animales acuáticos que no son comestibles Sahagún menciona al *acipaquitli*, nombre que según Ángel María Garibay es una mala lectura de *Cipactli*. Boturini decía que el *Cipactli* era una serpiente, Torquemada que era un pez espada, Betancourt un tiburón y otros más lo tratan de lagarto, espadarte y cocodrilo. *Cipactli* es un animal primordial en la teogonía náhuatl. Fue creado, después de seiscientos años de inactividad, por los cuatro dioses encargados de formar el mundo, lo crearon dentro del agua, como un gran pez que posteriormente fue transformado en la tierra. De tener razón Garibay, el mitológico *Cipactli* habría encarnado en el animal que nos describe con toda precisión Sahagún de esta manera:

Hay un animal en la mar que se llama *acipaquitli*; es largo y grande y grueso, tiene pies y manos y grandes uñas, y alas y cola larga, llena de gajos como un ramo de árbol; hiere con la cola y mata, y corta con ella lo que quiere; come peces y tráglos vivos, y aun personas traga; desmenuza con los dientes; tiene la cara y dientes como de persona.

Una última referencia a Sahagún, a quien siempre habrá que agradecerle su variada y meticulosa curiosidad; se trata de un

...animal notablemente monstruoso en su cuerpo y en sus obras, que habita en los manantiales o venas de las fuentes. Animal nunca oido, el cual se llama *Ahuitzotl*. Su tamaño es como el de un perrillo y tiene el pelo muy lezne y pequeño, tiene las orejitas pequeñas y puntiagudas, tiene el cuerpo negro y muy liso, tiene la cola larga y en el cabo de la cola una como mano de persona; tiene pies y manos, y las manos y pies como de mona; habita este animal en los profundos manantiales de las aguas; y si alguna persona llega a la orilla del agua donde él habita, luego le arrebata con la mano de la cola, y le

mete debajo del agua y le lleva al profundo, y luego turba el agua y le hace vertir y levantar olas, parece que es tempestad del agua y las olas quiebran en las orillas y hacen espuma; y luego salen muchos peces y ranas del profundo del agua y andan sobre el haz del agua, y hacen grande alboroto en el agua. Y el que fue metido debajo del agua allí muere, y desde a pocos días el agua echa afuera el cuerpo del que fue ahogado, y sale sin ojos y sin dientes y sin uñas, que todo se lo quitó el *Ahuitzotl*; el cuerpo ninguna llaga trae, sino todo lleno de cardenales. Aquel cuerpo nadie lo osaba sacar, hacíanlo saber a los sátrapas de los ídolos, y ellos solos le sacaban, porque decían que los demás no eran dignos de tocarlo.

Es claro que el muerto sólo podía ser trasladado por hombres cuyo poder mágico-religioso les permitía un trato directo con lo sagrado. Cualquier seglar que se atreviera a manipular el cuerpo corría el riesgo de morir también ahogado o de padecer gota artística por el resto de su vida. El cadáver de la persona muerta por el *Ahuitzotl* era considerado como contagiado de sacralidad por la forma en que había muerto: ahogado en el agua, es decir, en un elemento que tiene por dueño una doble deidad, *Tláloc-Chalchiuhlicue*, deidades del agua celeste y terrestre, tan semejantes que esencialmente son una sola, tanto como el agua de un río o de un manantial es la misma agua que la de la lluvia.

La víctima del *Ahuitzotl* es en el fondo víctima de estas deidades o, dicho de otro modo, el *Ahuitzotl* es una bestia que tiene como misión capturar a los hombres que habitarán el paraíso de las deidades del agua, lugar conocido con el nombre de *Tlálocan*. El cuerpo del difunto era llevado en andas adornadas con espadañas y música de flautas delante de él para ser enterrado en uno de los oratorios llamados *ayauhcalco*, que significa "en la casa de la niebla".

Según Francisco del Paso y Troncoso *ayauhcalli* era un nombre genérico aplicable a los adoratorios construidos en los cerros o a la orilla del agua para rendir culto a las deidades de los montes, es decir a *Tláloc* y los *tlaloques*. Dos siglos después de la des-

cripción de Sahagún, en el siglo XVIII, los atributos mitológicos y religiosos del *Ahuitzotl* son considerados puras fantasías, ahora es tan sólo un animal más que Clavijero describió lacónicamente diciendo:

Es un cuadrúpedo anfibio, que vive por lo común en los ríos de los países calientes. El cuerpo tiene un pie de largo, el hocico es largo y agudo y la cola grande. Tiene la piel manchada de negro y pardo. Para los mexicanos era un animal fantástico y reverenciado.

El nombre del *ahuizote*, sin embargo, ha sobrevivido para designar a los especialistas en el control mágico del temporal en un pueblo del estado de México, según el trabajo que en Xalatlaco realizaron los antropólogos Soledad González y Carlos Bravo.

La transformación que sufrió el *ahuizote* de Sahagún a Clavijero fue la misma que padecieron los monstruos de todos los tiempos, fuesen o no sagrados. Se esfumaron el misterio y el suspense de los relatos que evocaban sus figuras y sus actos, desapareció el miedo que otros les tuvieron. Se me ocurre pensar que uno de los primeros testimonios de su franca decadencia está en la literatura, en *El fantasma de Canterville* de Oscar Wilde, donde las apariciones más horripilantes de un fantasma son recibidas con burlas y almojadazos por un par de niños norteamericanos que viven en una vieja casona londinense. En su lugar aparecerá un nuevo monstruo creado por el propio hombre, Frankenstein, antecedente fantástico de la ingeniería genética. Muchos monstruos murieron de olvido, la muerte natural entre ellos; otros aparecen repentinamente en las páginas de los libros, como el ángel que García Márquez encontró tirado en un patio, o resucitan gracias a la laboriosa memoria de escritores como Borges; otros nacieron de una

mente incendiada como la de El Bosco, al óleo y sin saltar nunca del lienzo; otros frecuentarán cada vez más las pantallas y harán del susto una especialidad cinematográfica, o recorrerán los caminos polvorientos en un viejo camión, que presenta en los pueblos el triste espectáculo de una mujer araña que cuenta su desgracia a los niños boquibertos... Aunque la agresividad y el mal parecen formar parte de la naturaleza humana, nuestro siglo ha sido particularmente prolífico en crear un tipo de monstruo cuyas deformaciones no están a la vista, no tiene cuernos, ni cola, ni escamas, su verdadera deformación está en sus propósitos y en el modo de realizarlos. Polifemo es un nene de pecho junto a la capacidad destructora de estos nuevos monstruos de casco y corbata que han salpicado de sangre y hambrunas el planeta entero.

Bibliografía

- Bulfinch, Thomas, *Mitología*, (2 tomos), Editora Latinoamericana, México, 1953.
- Ciges, Aparicio y Peyro Carrio, *Dioses, mitos y héroes de la humanidad* (2 tomos), ed. Pavlov, México.
- Gaytán, Carlos, *Diccionario mitológico*, ed. Diana, México, 1965.
- Vermeule, Emily, *La muerte en la poesía y el arte de Grecia*, cd. FCE, Sección de Obras de Antropología, México, 1984.
- Mode, Heinz, *Animales fabulosos y demonios*, cd. FCE, México, 1980.
- Zweig, Stefan, *Américo Vespucio*, cd. La Prensa, México, 1962.
- González, Soledad, "Pensamiento y ritual de los ahuijotes de Xalatlaco, Estado de México". Ponencia presentada en el simposio *Cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, El Colegio Mexiquense, A.C., abril de 1994.
- Sahagún, Bernardino, *Historia General de las Cosas de Nueva España*, Ed. Porrúa, col. Scpan Cuantos no. 300, México, 1982.
- Robelo, Cecilio, *Diccionario de mitología nahua*, Biblioteca Porrúa no. 79, cd. Porrúa, México, 1982.
- Robelo, Cecilio, *Diccionario de aztequismos*, Ediciones Fuente Cultural, México.
- Weckmann, Luis, *La herencia medieval de México*, El Colegio de México, 1984.
- Debus, Allen, *El hombre y la naturaleza en el Renacimiento*, Breviarios, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.

